

EL DESAFIO DE FIN DE SIGLO: LA CULTURA DE LA LIBERTAD

Mario Vargas Llosa^(*)

Mario Vargas Llosa es, a no dudarlo un literato tan consagrado que constituye un verdadero orgullo para todos sus compatriotas. Pero el reconocimiento mundial a este autor no se limita a su talento creador de ficciones, sino que comprende la autoridad que tiene Vargas Llosa para opinar sobre casi cualquier tema de actualidad. Por cierto, no por ello dejan de ser sus opiniones, muchas veces, controvertidas. El presente artículo, tomado de una conferencia pronunciada por el autor, aborda un tema que abarca diversas disciplinas y que sin duda importa alguno de los más esenciales retos para el futuro de la humanidad: crear, o en todo caso consolidar, una cultura de la libertad que rija la sociedad del futuro como uno de los pilares del desarrollo. Un tema tan trascendental es tratado por el autor sin pretensiones de erudición ni enmarañadas construcciones de tipo filosófico; por el contrario, el autor evita todo esoterismo tanto en el contenido como en las formas lingüísticas para llegar al lector con las palabras accesibles cuyo contenido es fácilmente comprensible pues evoca hechos y circunstancias actuales para sustentar su tesis, que antepone a todo un ideal liberal tanto en materia política como económica.

Dentro de cien años, si la humanidad existe todavía, las mujeres y los hombres del futuro mirarán hacia esta época que estamos viviendo como nosotros miramos hacia 1789 ó 1917; es decir, hacia aquellas épocas que parecen fronterizas en la historia de la humanidad porque a partir de lo ocurrido en ellas la historia se aceleró, cambió de rumbo y tomó una dinámica particular. A nosotros nos cuesta verlo porque estamos inmersos en los acontecimientos, pero cuando hacemos un esfuerzo y tomamos una perspectiva hacia esa historia desenvolviéndose que es la historia contemporánea, no hay ninguna duda de que el mundo ha experimentado cambios extraordinarios, positivos y negativos. Ha cambiado de piel, es un mundo muy distinto a aquel en que nacimos y crecimos, un mundo en el que nuestros hijos seguramente no reconocerían para nada aquel mundo en el que las mujeres y los hombres de mi generación se formaron. Quizás la mejor manera de mostrar hasta qué punto esos cambios han sido profundos, universales, sea reseñar brevemente la tesis de un libro que provocó una verdadera conmoción internacional. Un americano de origen japonés, que había sido uno de los analistas políticos del Departamento de Estado y pasó luego a ser investigador de una fundación conservadora, la Fundación Heritage, Francis Fukuyama, como se sabe publicó hace unos años primero un artículo y luego un libro titulado "El último hombre y el fin de la historia", donde él sostenía una tesis que en cualquier otra circunstancia, en cualquier otra coordene-

^(*) Conferencia dictada en la Ciudad de Rosario, Argentina, en un evento organizado por la Fundación Libertad.

nada histórica hubiera parecido absolutamente descabellada: la de que los cambios ocurridos fundamentalmente a partir de la desintegración del imperio soviético y la declinación de la utopía colectivista que representó el marxismo, eran en cierta forma el entronizamiento de una cultura de la libertad o una cultura democrática como la única cultura dinámica y con futuro en el mundo; habríamos llegado a un fin hegeliano de la historia. La tesis de Fukuyama fue muy caricaturizada por la información periodística que la analizó y la frivolisó, pero en realidad, aunque se discrepe con ella (y yo discrepo) tenía un cierto fundamento, y el mismo era que el mayor desafío para la cultura de la libertad, para los valores democráticos, es decir el desafío que había representado el mesianismo comunista, la idea de esa sociedad perfecta, emancipada de la explotación, de la discriminación, de la división en clases de la sociedad, esa utopía que había encandilado, fascinado a tantas generaciones provocando tantas revoluciones o intentos revolucionarios en el mundo, al desaparecer (y no a causa de una guerra o una confrontación violenta con el mundo democrático sino por descomposición interna bajo el efecto de la resistencia de ese socialismo a convertirse en gobierno que el socialismo real había generado en el seno de la propia sociedad y también sobre todo por el monumental fracaso económico del sistema colectivista, planificado, centralista de economía dirigida), había dejado el mundo prácticamente sin contendores, dominando absolutamente el panorama presente y el futuro inmediato la cultura democrática. En el futuro, decía Fukuyama, la historia no será lo que ha sido hasta el momento, un enfrentamiento, una pugna, una controversia de incierto resultado entre la cultura democrática y la no democrática, entre la cultura democrática y la totalitaria, sino variantes, adaptaciones, aclimataciones de una sola cultura, de un orden mundial al que progresivamente se irían integrando las sociedades aún no democráticas o en vías de democratización, un nuevo orden internacional que fundamentalmente tendría como características la democracia política y la economía de mercado. Es decir, una economía que habría ido disolviendo las fronteras entre los países y creando la globalización, internacionalización, mercados únicos de ideas, de técnicas, de capitales, de empresas. Un proceso en el que las fracturas violentas que habían caracterizado hasta ahora el desenvolvimiento de la civilización serían sustituidas por una competencia que, para beneficio del mayor número, irían protagonizando las distintas sociedades. Unas sociedades a las que ese denominador común, la cultura común, iría indiferenciando cada vez más. Hoy día esas tesis parecen disparatadas. Sin embargo, hace sólo seis años, si nosotros cerramos los ojos y buscamos en la memoria y

tratamos de reproducir el sentimiento que reinaba en gran parte del mundo luego de la caída del muro de Berlín, ante el desmoronamiento uno tras otro de los regímenes comunistas en Europa Central, no parecía disparatado. Un proceso que en el continente americano tenía también un correlato equivalente con la desaparición una tras otra de las dictaduras militares y de los regímenes autoritarios civiles nacidos de elecciones más o menos libres; y sobre todo la creación, quizás por primera vez en Latinoamérica en nuestra historia republicana, de unos vastos consensos en los que participaban todos los sectores sociales en favor de la democracia como el marco para combatir el subdesarrollo y para alcanzar la justicia y la modernidad. En América Latina no había precedentes de esos consensos, es verdad que en el pasado tuvimos periodos democráticos, pero que resultaron la mayor parte de las veces de una presión internacional, como ocurrió luego de la Segunda Guerra Mundial, en que hubo un proceso de democratización en todo el continente; o por decisión de algunas élites políticas que imponían las democracias a unas sociedades que las recibían con indiferencia o con hostilidad. La verdad es que en los últimos veinte años, ese estado de ánimo respecto a la democracia cambió radicalmente en América Latina. Luego de las ilusiones revolucionarias de los años 60, que embarcaron en todo el continente a tantos jóvenes tras la utopía comunista, la idea de que la sociedad perfecta se podía crear mediante la acción a través del compromiso heroico de ciertas vanguardias políticas significó la proliferación de dictaduras militares que para combatir a esas guerrillas instauraron regímenes violentísimos que provocaron tremendos sufrimientos a nuestras sociedades. Resultado de todo eso fue un rechazo cada vez mayor tanto del autoritarismo militar como de la utopía colectivista y las formas violentas de la revolución, o en algunos casos, por primera vez un reconocimiento de los valores democráticos como la mejor manera de combatir los abusos sociales y amortiguar la violencia en la sociedad. Al mismo tiempo en Europa del Este, como en lo que fue la Unión Soviética, parecía surgir una poderosa cultura democrática, mientras en América Latina se vivía el mismo fenómeno.

Lo curioso es que sólo han pasado seis o siete años desde que imperaba en el mundo ese sentimiento de que estábamos en los umbrales de una nueva época en la que por fin iba a haber una civilización planetaria, un mundo en paz crecido en torno a eso que un gran pensador contemporáneo para los que nos creemos liberales, uno de nuestros maestros (que es Hayek) llamaba el trípode de la civilización: la legalidad, la libertad y la propiedad, que iban a

normar, presidir y regular el desenvolvimiento del conjunto de la humanidad.

Pues ahora abrimos los ojos y nos enfrentamos al presente, y vemos que esa confianza y esos sentimientos prácticamente han desaparecido hoy día en todo el mundo y que sólo algunas minorías que nos parecen muy excéntricas o muy difusas, todavía se atreven a mantener semejante optimismo. Hoy lo que impera más bien es el pesimismo; en tan poco tiempo la tortilla se ha dado vuelta y más bien lo que cunde es el desánimo. Debido a que en aquellos países que habían adoptado la libertad con tanto entusiasmo, hemos visto surgir de pronto viejos demonios que creíamos totalmente extinguidos y que de pronto se actualizan y empiezan otra vez a operar con un tremendo dinamismo, desestabilizando profundamente a muchas sociedades. El primero de ellos es el nacionalismo, una manifestación igual que el fascismo, o el marxismo, una utopía colectivista que como el socialismo pretende disolver al individuo en una entidad gregaria que lo definiría y a través de la cual encontraría su propia realización. En este caso a diferencia del marxismo, no es la clase a la que pertenece sino la nación en que se ha formado. La nación, como la clase, es una abstracción, en última instancia una ficción, una entidad o categoría que tiene una existencia histórica reciente, sólo a partir del siglo XVIII y en realidad con toda consistencia en el XIX con el nacimiento de las naciones tal como las entendemos en el mundo. Y estas entidades no fueron jamás esas sociedades homogéneas que comparten una tradición, una historia y donde hay un denominador común, una lengua, una fe, un mismo sentimiento de solidaridad frente al pasado con los muertos y las guerras, como decía un gran pensador nacionalista francés. En realidad las naciones son ficciones creadas a través de acciones políticas donde la heterogeneidad fue desapareciendo por obra de la violencia, las minorías regionales fueron siendo arrolladas, absorbidas, lo que en el mundo anglosajón se llama "la olla podrida". En otros casos, como Francia, gran promotor de esta ideología a través de la violencia de Estado, la nación surgió a través de un crecimiento del Estado que fue imponiendo un denominador común y fue desvaneciendo poco a poco, todo aquello que contradecía a ese denominador cultural, político e institucional. Ese nacionalismo que está en las dos guerras mundiales, los fenómenos de mayor violencia en la historia de la humanidad, y que luego de las heridas de la Segunda Guerra Mundial ya parecía extinguido. Sin embargo el nacionalismo luego de la desaparición del comunismo rebrota con mucha fuerza en el centro de Europa, es decir, en la región del mundo que padeció más que ninguna otra las consecuencias de esta ideología. Vemos el fenómeno atroz de la ex-

Yugoslavia, donde en una sociedad en la que parecía haber una consistencia entre gente de distintas creencias religiosas pero que compartían una lengua de pronto desaparece el denominador común, y los particularismos se enfrentan unos con otros, incluso a través de una violencia que ha causado decenas de miles de muertos, desplazamientos de poblaciones y segregaciones étnicas.

Un correlato del nacionalismo ha sido siempre y en Yugoslavia lo estamos viendo- el racismo, el rechazo del otro, que al final adquiere manifestaciones de tipo étnico. Entonces el rechazo del otro no es sólo al que pertenece a otro país sino al que tiene otra cultura, habla otra lengua, tiene una piel diferente o costumbres distintas; y ese fenómeno que por desgracia tiene en los Balcanes su forma más violenta y terrible en el mundo contemporáneo, tiene también en otros países manifestaciones menos violentas pero muy evidentes. La fragmentación de las sociedades que formaban parte de la Unión Soviética, hoy día tiene como raíz un nacionalismo exacerbado, utilizado en forma irresponsable por grupos políticos hambrientos de poder y que saben que esa ideología excita como pocas los peores instintos, aquello que Karl Popper ha llamado el espíritu de la tribu; es decir, la desconfianza hacia lo no conocido, rechazo de lo distinto y ese aferrarse a la placenta cultural propia, ese espíritu de la tribu que según Popper es el peor enemigo de las civilizaciones, el obstáculo principal que debe vencer un pueblo que quiere alcanzar la cultura de la libertad. Estamos viendo cómo ese espíritu de la tribu se exagera y se utiliza de la manera más cínica y desembozada en los países que antiguamente formaron la Unión Soviética generando los múltiples brotes de violencia regional; el caso más conocido es Chechenia. Pero hay otras formas más benignas, aunque no menos dañinas a largo plazo, de ese nacionalismo que es el nuevo colectivismo de nuestra época. Está en los países más "civilizados" de la tierra, utilizando la palabra civilizado entre comillas, por supuesto. Lo vemos en Gran Bretaña, donde el sentimiento antieuropeo contra la Unión Europea, el sentimiento a favor de la toma de distancia e incluso de la ruptura del Reino Unido con Europa va creciendo, prácticamente domina el partido del gobierno, y es un sentimiento que está apoyado tal vez no por una mayoría pero sí por sectores muy amplios de la población, a quienes los antieuropeístas han convencido de que la integración de Inglaterra dentro de Europa destruiría una cultura propia, antiquísima, una manera de ser y de hacer sin la cual el pueblo británico perdería su propia identidad. La identidad cultural ha cobrado de pronto una vigencia tremenda en toda Europa, está en el centro de la actualidad en Francia, por

ejemplo, donde en nombre de la identidad de la cultura francesa vemos a gentes de todo el espectro político, de la izquierda a la derecha, pedir controles, combatir el espíritu de la globalización y del internacionalismo para defender la cultura francesa, la que se vería amenazada si se abren todas las puertas y ventanas del país a los productos audiovisuales anglosajones; los dinosaurios que produce Hollywood y que tienen gran éxito en Francia como lo han tenido en otras partes, y que han sido uno de los argumentos que más se han utilizado para establecer controles y poner cupos de difusión de películas propias y programas de televisión, porque si se abrieran todas las puertas del mercado a la importación de productos foráneos la identidad nacional francesa estaría amenazada. Esos argumentos hubieran provocado hace 10 años risas, solamente los hubieran utilizado figuras excéntricas y conservadoras que parecerían totalmente descolocadas frente a la modernidad. Hoy día, sin embargo, esos argumentos aparecen en boca de pensadores jóvenes, intelectuales que tienen una audiencia y a pesar de ser antiquísimas manifestaciones de la vieja ideología nacionalista que parecía superada, en estos tiempos persuade, convence, obtiene un espacio en el debate político en toda Europa. Al mismo tiempo, el pesimismo ha cundido al ver los resultados prácticos en aquellas sociedades que salieron del comunismo y eligieron la libertad. En lugar de la prosperidad ha venido un caos económico, quizás el caso más dramático sea el de la propia Rusia, a pesar de los esfuerzos gigantescos y de los sacrificios tremendos que se han hecho para modernizar la economía y abrir las fronteras a los mercados internacionales.

Ello no sólo no ha traído el progreso económico sino más bien un empobrecimiento, y además el reinado de la mafia, una corrupción generalizada en la que vemos cómo las privatizaciones sirven para que los antiguos funcionarios de la nomenclatura resulten de la noche a la mañana con injerencia en el tráfico de influencias y con nuevos espacios de poder, convirtiéndose en los nuevos capitalistas, disfrutando de privilegios muy semejantes a los que tenían cuando eran los señores de la planificación y de la economía centralizada. El abismo social se ha ampliado enormemente, hay una pequeña clase privilegiada, que resulta fundamentalmente de ese tráfico de influencia (es decir, de la corrupción), y una enorme masa empobrecida en la que -por supuesto- frente a esta situación aparecen las nostalgias de la antigua sociedad, que con todos sus defectos parecía asegurar al menos unos servicios sociales básicos a la población; y ésa es la explicación que está detrás de ese retorno al poder de los antiguos lobos totalitarios convertidos ahora en corde-

ros socialdemócratas. Los hemos visto en muchas repúblicas de la ex-Unión Soviética y en sociedades como Polonia donde acaba de ganar las elecciones un antiguo funcionario del partido comunista, ha ocurrido en Bulgaria, en Rumanía en donde he estado y he visto con verdadera tristeza la situación crítica de ese país, en el que se habían generado inmensas expectativas luego del derrocamiento de Ceacescu, y al final quien lo sucedió fue su antiguo Ministro y aliado.

También en América Latina estos procesos de democratización, de modernización que tuvieron un respaldo tan grande, hoy en día son criticados con argumentos que pensábamos habían desaparecido de nuestro debate político. "La necesidad de que el Estado intervenga para corregir los abusos o defectos del mercado", viejos argumentos con los que se justificaron las políticas populistas que destruyeron las economías más prósperas de América, como por ejemplo la economía Argentina, que fue no sólo una de las más prósperas de América Latina sino de todo el mundo. El hecho de que los procesos de liberalización de la economía e internacionalización de nuestros países en muchos casos se hayan llevado con una tremenda corrupción ha permitido el surgimiento de unas fortunas ilícitas, el hecho de que el costo social haya sido muy elevado, que haya traído una cuota muy alta de desempleo y un aumento de la desigualdad económica, nos ha creado escepticismo y en algunos países un rechazo frontal al proceso de liberalización; por ejemplo en Venezuela, donde hemos visto una radical marcha atrás en torno a controles, a políticas nacionalistas y hasta ese consenso en favor de la democracia política que era tan sólido y tan vasto hace apenas unos años, en algunos países ha cedido el paso a favor del autoritarismo. Con tristeza tengo que mencionar el caso de mi país, donde el espectáculo desastrosamente ineficiente que ha dado la democracia en el tiempo del gobierno de Alan García, cuyas políticas nacionalistas y populistas llevaron al país al borde de la desintegración, creó un clima favorable por desgracia a la prédica autoritaria de la que se sirvió el Presidente Fujimori para dar el golpe de Estado de 1992, donde cerró el Congreso, sacando otra vez a los militares de los cuarteles para convertirlos en el eje del poder político. Por primera vez en la historia del Perú, con un respaldo popular que nunca antes había tenido ningún movimiento autoritario, Fujimori se aprovechó de un pueblo asfixiado por la inflación, la corrupción, la demagogia, la ineficiencia de un gobierno para lograr la simpatía del pueblo a un golpe de Estado. Lo ocurrido en el Perú quiso intentarse en otros países de América Latina donde afortunadamente hubo mayores reflejos democráticos que en mi país, y este golpe

autoritario no pudo repetirse, a pesar de que casi sucede en Guatemala y dos veces en Venezuela.

Un caso particularmente traumático es el de México, que parecía haber entrado resueltamente en un proceso de modernización económica con reformas muy radicales, que atrajo una inversión extranjera gigantesca y que de la noche a la mañana entra en una crisis muy violenta, luego de formar parte de uno de los organismos regionales más importantes del mundo como es el NAFTA. México entra en una celda de la cual aún no puede salir, no sólo con el derrumbe del peso mexicano o los incidentes de Chiapas, sino con la creación de una imagen que ha perjudicado a toda Latinoamérica en los mercados financieros mundiales, donde la confianza, el entusiasmo que había hacia nuestro continente en los inversores extranjeros se ha visto pospuesto, no totalmente interrumpido sino considerablemente frenado luego de la crisis mexicana.

Estas y otras razones que se podrían seguir enumerando son las que están detrás de ese pesimismo que ha reemplazado al optimismo de hace muy pocos años. Creo que tanto el optimismo como el pesimismo son injustos, creo que en verdad lo que conviene es no ser optimistas ni pesimistas sino lúcidos y realistas. Creo que hay lecciones que se pueden sacar de estas ocurrencias, y que esas lecciones fundamentalmente nos conducen al convencimiento de que la historia no está escrita, de que nada de lo que ocurre, ocurre fatídicamente por unas leyes inscriptas desde el principio de la historia a las que la humanidad tenga necesariamente que plegarse, a las que todas las sociedades deberían obedecer. Creo que, por el contrario, esas ocurrencias extraordinarias y contradictorias nos demuestran que todo puede pasar, y si todo puede pasar, hay esperanzas de que ocurran no sólo cosas que andan muy mal sino también cosas que andan mejor y algunas muy bien. Basta mirar con un poco de serenidad y ponderación a nuestro alrededor y encontrar argumentos y hechos para conjurar el pesimismo, hay países que progresan extraordinariamente a pesar de que otros retroceden. Hay casos tan notables como el de África del Sur. Muchas veces oigo a mi alrededor decir que el problema es que no hay grandes estadistas, que todos son de una mediocridad fundamental y esto no es verdad. No los hay como en el pasado en Europa o en Estados Unidos, pero Nelson Mandela no es un estadista absolutamente fuera de lo común, no es un caso realmente extraordinario el de ese dirigente que ha sido capaz de llevar pacíficamente a una sociedad tan profundamente traumatizada por el régimen racista del *apartheid*, la explotación por una pequeña minoría de una inmensa mayoría a lo que es hoy día una

sociedad democrática, multicultural, una sociedad que está afianzando una sociedad civil y creando instituciones democráticas a un ritmo realmente extraordinario. También es destacable lo que ha ocurrido en el medio oriente, donde israelíes y palestinos han sido capaces de lograr acuerdos a pesar de la intransigencia de sus extremistas y sus terroristas, que produjeron la muerte de miles de personas, incluso figuras de la talla de Rabin en el camino de la paz. Sin embargo no han conseguido esos extremistas destruir la paz donde, por el contrario, día a día la posibilidad de lograr una coexistencia entre israelíes y palestinos es mayor. Y a pesar de todo lo que está ocurriendo en la ex-Unión Soviética, hay casos de países que sí empiezan a obtener los frutos de haber escogido la cultura de la libertad, tal vez porque fueron en la reforma mucho más radicales que los otros; es el caso por ejemplo de la República Checa, de la que hoy no se habla mucho precisamente porque las cosas allí andan muy bien, porque no solamente están funcionando las instituciones democráticas y la sociedad civil como en las más modernas sociedades occidentales, donde hay una economía que comienza a crecer y a beneficiar al conjunto de la sociedad, lo que demuestra que esa transición de la sociedad planificada, centralista, colectivista a la sociedad liberal es perfectamente posible si se tiene el coraje de hacer las reformas como allí se han hecho, y si se está dispuesto a pagar el alto costo que efectivamente tienen todas estas reformas. En el caso de América Latina, cuando se pone en la balanza lo positivo y lo negativo de los últimos desarrollos, ¿se justifica realmente el pesimismo? Es verdad, atendiendo a las democracias que tenemos, que son en muchos casos ineficientes, y que no consiguen adelgazar el Estado lo suficiente para que sea eficaz y puro, y que mantienen todavía una burocracia excesivamente grande, que como ocurre siempre, produce ineficiencias y corrupción. Los procesos de privatización están lejos de ser un modelo de pureza, en muchos casos la privatización ha servido para pasar de monopolios públicos a monopolios privados con lo cual esta idea ha quedado desnaturalizada en su propia esencia; no se trata de privatizar el sector público para mantener esa fuente de ineficiencia y corrupción que es el monopolio, sino para introducir la competencia, políticas de mercado, que es lo que trae eficiencia y beneficios a los consumidores. Y el aspecto más criticable de las privatizaciones que se han hecho en América Latina -y que debían hacerse, porque sin ellas el continente no saldría de la pobreza y el subdesarrollo-, es que se haya desperdiciado la oportunidad extraordinaria que ofrecían las privatizaciones para diseminar la propiedad privada entre aquellos latinoamericanos que son la inmensa mayoría y que no tienen acceso a dicha propiedad. Las privatizaciones

deberían haberse hecho como se hicieron en la República Checa, utilizándolas como una manera de abrir las puertas a la propiedad privada de los trabajadores, a los usuarios de esas empresas, para que por fin esas distancias enormes entre los que la tienen y los que no, vayan disminuyendo. Ninguna sociedad donde la propiedad privada no está largamente extendida tiene un sentido profundo y real de lo que es la libertad, eso lo ha explicado Hayek y también Karl Popper a nivel filosófico maravillosamente. La libertad no es una categoría abstracta, la verdadera libertad es una realidad concreta, consistente, y nada da sentido tan genuino, tan diáfano, tan inequívoco de lo que es la libertad a un ser humano como lo la propiedad privada. El saberse dueño de algo que nadie te puede arrebatar, que está allí defendido por una legislación y que se puede defender ante tribunales y jueces si de alguna manera ese derecho es violado y usurpado. Esos procesos de diseminación de la propiedad privada que la privatización de empresas públicas hubiera podido permitir en América Latina y que por desgracia no se ha hecho, se dio en una escala insignificante y con ello se ha perdido una extraordinaria oportunidad de democratizar no solamente en términos jurídicos y políticos a nuestras sociedades, sino también de una manera muchísimo más profunda. Desde luego, las críticas a estas democracias imperfectas que tenemos son enormes, pero quizás lo sensato no sería compararlas con esas democracias perfectas que nunca hemos tenido y que en realidad nunca han existido, sino con lo que hemos tenido antes, con aquello que estas democracias han venido a reemplazar; es decir, con esas dictaduras militares donde los derechos humanos eran violados con brutalidad, donde no existía la libertad de expresión, donde el poder estaba impermeabilizado contra toda forma de crítica y además donde no había mecanismos para conseguir la alternativa que más mal que bien hoy existe y que si sabemos usar, deberíamos poder penalizar con ella a los malos gobernantes: premiar a los buenos, reemplazarlos con mejores, algo que efectivamente está ocurriendo en el continente. En muchos lugares hay progresos que son realmente admirables aunque los medios de comunicación no hablen de ellos. Por desgracia, dentro de la cultura informativa en la que vivimos lo que es noticia es el escándalo o la mala noticia, y las buenas noticias nunca suelen trascender.

Echemos una mirada a vuelo de pájaro a lo que ocurre en Centroamérica. Hoy en día es una región del mundo donde sólo hay gobiernos civiles y democráticos, donde en países que hasta hace muy pocos años vivían enfrentados en unas guerras civiles terribles, donde el terrorismo era una insti-

tución sólida y extendida, coexisten las diferentes corrientes políticas e incluso los antiguos guerrilleros y los dirigentes de la contrainsurgencia comparten los parlamentos, y hay además de un progreso político un progreso económico notable como en el caso de El Salvador, un país con una tradición de divisiones internas y violentas que hoy día aparece como una sociedad muy cohesionada, en la que todo el espectro político del país participa del consenso democrático.

Hay razones pues que justifican, sino el optimismo por lo menos el no ser excesivamente pesimistas.

Creo que tal vez la lección principal que nosotros los latinoamericanos deberíamos sacar de lo que está ocurriendo a nuestro alrededor, de ese pasado extraordinario reciente y del que aún no acabamos de salir, es que no hay alternativa a la cultura de la libertad si queremos progresar. No hay marcha atrás al populismo, colectivismo y autoritarismo, hacia la utopía social que estuvo detrás de las violencias guerrilleras y terroristas. El camino es el que hemos emprendido, es un camino que tiene un altísimo costo que puede desviarse en una dirección u otra si no somos lo suficientemente lúcidos para impedir esos desvíos y si no somos lo suficientemente activos para que ese proceso no se frene o se corrompa. Lo que debería estimularnos más, la idea que no deberíamos apartar nunca de nuestras mentes es la siguiente: vivimos en una época, en un momento histórico en el que por primera vez en el curso de la civilización humana, en el curso de esos cientos de miles de años que están desde la prehistoria del hombre hasta la época del viaje a las estrellas, los pueblos pueden elegir ser prósperos.

Esto no era posible en el pasado, ésta es la primera vez en la historia en la que cualquier pueblo, el más pequeño, el más huérfano, el más aislado de lo que se consideran los centros económicos mundiales puede elegir ser próspero. Y si hacen lo que hay que hacer, ese pueblo será próspero. En el pasado no era posible, esa prosperidad era reservada a aquellos pueblos que podían avasallar a otros y ponerlos a trabajar, esclavizándolos y esquilmandolos; o dependía de unas circunstancias en las que los factores decisivos eran la geografía y el tamaño. Había naciones privilegiadas que vivían en unos territorios determinados y que constituían unas sociedades tan numerosas en las que el desarrollo estaba geográficamente garantizado. Hoy cualquier pueblo puede elegir la modernidad y la prosperidad, esto no es demagogia, es una realidad que está al alcance de quien quiera examinar desapasionadamente y sin prejuicios ideológicos la historia reciente.

Nunca olvidaré una conferencia que le oí a un economista inglés, el profesor Alan Walters, en la que hablaba de Hong Kong: él decía que dicha isla es una tabla. Estas son las riquezas de las que dispone: es un pedazo de madera en la que no hay absolutamente nada salvo gente, gente que puede solamente estirar los brazos, es decir, todo indica que ese pedacito de tierra repleto de seres humanos debería estar inmerso en el hambre, en la escasez, en el atraso más terrible y sin embargo, utilizando muy distintos criterios de medición, la verdad es que Hong Kong es el país más rico del mundo ¿Cómo lo han hecho? ¿Cómo es posible que esa tierra predestinada a ser la encarnación de la miseria, hoy en día es esa extraordinaria potencia económica que tiene unas reservas mundiales que no tienen los grandes países europeos? ¿Como ha llegado Hong Kong a esa fantástica prosperidad, haciendo qué? Justamente haciendo nada, haciendo todo lo contrario de lo que hicimos en Latinoamérica durante nuestra historia: dictar una enorme cantidad de leyes, reglamentos, prohibiciones para la creación de la riqueza, para la protección del débil, del enfermo, para defender nuestros intereses, nuestra soberanía. Hong Kong no se ha preocupado de defender absolutamente nada, lo que ha tratado es de desaparecer al máximo los obstáculos para la creación de la riqueza. Ha creado un sistema libre en el que eso sí, existen unas reglas de juego claras, equitativas, simples y estables: las de la libertad económica. Ese país ni siquiera es soberano, es una colonia británica, ni siquiera gozaba de soberanía política. Pero llevó la libertad económica a unos extremos que ninguna otra sociedad ha alcanzado.

El resultado ha sido esa extraordinaria prosperidad que deslumbra, fascina a quien llega a ese pedazo de territorio en el que no hay absolutamente nada sino talento humano. Es un caso que tiene hoy día muchos otros seguidores en el mundo, como los llamados tigres asiáticos; a pesar de que hay muchas cosas que criticar, como la falta de democracia política en algunos de ellos. Sin embargo, hoy día están en un importante proceso de democratización, vemos el caso de Corea, donde dos ex-Primeros Ministros están en la cárcel por ladrones. Pero esos países siguieron esas políticas de libertad económica, abrieron sus fronteras, dejaron funcionar el mercado, retiraron al Estado del proceso de creación de la riqueza y han mantenido unas reglas de juego que han sido respetadas y que han tenido continuidad. El resultado son esas economías florecientes que hacen temblar hoy en día a los que tradicionalmente eran países ricos, poderosos del mundo y ya no lo son tanto por la competencia extraordinaria de esos nuevos países emergentes.

Estos serían los ejemplos que tendríamos que tener frente a nosotros, sobre todo cuando vemos a nuestro alrededor lo que vemos en América Latina, la pobreza, la tremenda disparidad de las condiciones de vida de aquellos que tienen acceso a la cultura moderna y aquellos que viven confinados en culturas primitivas. Esas sociedades donde no hay igualdad de oportunidades, donde el nacimiento ya determina el destino de una persona, la más monstruosa forma de injusticia, que por el hecho de nacer en un determinado sector social esté condenado a la pobreza y a ser un ciudadano de segunda clase. Todo eso hoy se puede corregir, incluso en países más pobres que los nuestros que no tienen, como los países latinoamericanos, extraordinarios recursos que no han sido suficientemente aprovechados. Podemos cambiar todo eso si creemos en la libertad. Palabra mágica, clave, que está detrás del desarrollo prodigioso de los países que hoy son prósperos.

La libertad económica está detrás del desarrollo extraordinario de los países asiáticos de la cuenca del pacífico. La libertad está en Latinoamérica detrás del fenómeno más interesante de modernidad y progreso que es sin duda Chile, un país pequeño que ha empezado a crecer desde hace bastantes años a un ritmo asiático y que comienza realmente a despegar. No quiere decir ello que la sociedad chilena no tenga muchas cosas que criticar y que mejorar. Pero en el campo de las reformas económicas no hay duda que se ha puesto a la cabeza del pelotón de los países emergentes. Pues estos ejemplos están allí y esos ejemplos hay que seguirlos, lo importante es saber que se puede prosperar, que la prosperidad hoy día se elige y también que la libertad es indivisible; que la peor equivocación que podríamos cometer es creer que para conseguir más rápidamente la libertad económica hay que sacrificar la libertad política.

Se oyen en el mundo voces que dicen: el Asia consiguió lo que ha conseguido gracias a que al lado de la libertad económica hubo autoridad política, esos regímenes que hoy se democratizan fueron dictaduras iluminadas, modernas.

Nosotros sabemos que la dictadura en América Latina ha caído siempre no sólo en los atropellos a los derechos humanos, en la desaparición de la libertad de expresión y del pluralismo político, sino también en ineficiencia económica, retraso y destrucción del aparato productivo. Si el autoritarismo trajera de por sí prosperidad, seríamos el continente más rico de la tierra. Nosotros hemos tenido una larga historia de autoritarismo ¿y donde está la prosperidad en Argentina, Perú, Venezuela, Co-

lombia? La dictadura trae brutalidad y además pobreza. Lo que necesitamos es mejorar estas democracias imperfectas, mantener una participación muy activa en ellas que es la única manera como podemos ejercer la fiscalización y mantener esas reglas de juego estables que son las únicas que crean aquello que es la confianza para el desarrollo.

Y así como empecé hablando de Fukuyama voy a terminar hablando de él, no porque crea que es un gran pensador, sino porque es un hombre de gran olfato respecto a la historia desenvolviéndose.

Francis Fukuyama acaba de escribir recientemente un libro que se llama "*Trust*", en castellano "confianza". Es un libro en el que desarrolla una tesis en la que de alguna manera corrige su optimismo cuando escribió "*El Último Hombre y el Fin de la Historia*". Sostiene que el desarrollo, el progreso, la modernidad dependen de la libertad, de la desaparición de las fronteras, de la privatización de la economía, de la inserción en los mercados mundiales, de la existencia de unas reglas de juego, de un sistema jurídico que garantice los contratos; pero dice que más importante que todo esto, es la "confianza", la confianza de los individuos entre sí, hacia sus gobiernos, sus instituciones, hacia otras sociedades. Y da una serie de ejemplos históricos para explicar por qué países como Estados Unidos, Inglaterra, Japón, Suiza, han tenido en el pasado y en el presente los extraordinarios niveles de desarrollo que han alcanzado. Precisamente por la confianza que no existió en los países que se han quedado retrasados, rezagados en el proceso de modernización y hoy son pobres. Utiliza el ejemplo latinoamericano con mucha frecuencia: no ha existido esa confianza y lo que existió más bien ha sido lo contrario. Nosotros no confiamos en nuestros gobiernos ni siquiera cuando las cosas andan bien, la historia nos ha vuelto escépticos y eso en el campo de la empresa se traduce en que nuestros empresarios tienen por lo general una visión de corto alcance, ni siquiera de medio ni mucho menos de largo alcance, no planean una política de inversiones y desarrollo a largo plazo, porque piensan que mañana todo puede cambiar y todo puede cambiar para peor, porque efectivamente en el pasado ha ocurrido así y así seguirá ocurriendo. Y no ha habido confianza en Latinoamérica precisamente por esa situación de inestabilidad crónica que hacía que nos vieran en el extranjero como países pintorescos, exóticos, donde nada era seguro salvo la inseguridad. Pues ha sido el mismo caso el de los ciudadanos de nuestros países frente a sus instituciones; nosotros no confiamos en nuestras instituciones porque no han sido confiables.

Mientras vemos la confianza absoluta que tiene un ciudadano inglés en su sistema judicial, nosotros vemos a nuestros jueces que se venden, o se compran o se dejan influenciar por el poder político y vemos que el ciudadano que no obtiene influencia política ni económica está desarmado y desamparado frente a una justicia que lo maltrata con toda impunidad, exactamente todo lo contrario que una sociedad como la suiza o la sueca, donde el ciudadano piensa que la justicia realmente existe y que tiene un mecanismo que le permite ser desagraviado cada vez que es abusado o atropellado.

El elemento esencial de la cultura de la libertad es construir esa confianza, que hoy día no existe en Latinoamérica a pesar de todos los cambios positivos y que no va a existir por mucho tiempo, y sólo va a existir el día de mañana si nosotros desde ahora la vamos eligiendo, haciendo que esas instituciones de la sociedad civil, que son los fundamentos de la democracia, dejen de ser lo imperfectas e ineficientes que han sido y siguen siendo en muchos casos en el presente, y comiencen a funcionar de manera cada vez más pura y eficiente.

Esto no depende de las instituciones, ni siquiera de los gobiernos sino de todos nosotros, aquellos ciudadanos anónimos que padecemos cuando no funcionan y que nos beneficiamos cuando cumplen con su rol.

Lo mismo vale para las políticas económicas, tenemos que creer en ellas, defenderlas o rechazarlas y cambiarlas si no creemos en ellas. Pero lo fundamental es que exista una cierta estabilidad en nuestras políticas, si queremos progresar y modernizarnos. Al mismo tiempo que cualquier país puede progresar, ser moderno, próspero, el país que no lo hace no se queda estancado sino que retrocede violentamente. Esto ocurre por la globalización o la internacionalización de la vida; los que no avanzan se quedan atrás y eso significa fundamentalmente caída en los niveles de vida. Creo que esto es una realidad y que en verdad no justifica ni el optimismo ni el pesimismo; sin embargo, si sabemos aprovechar la coyuntura en nuestro beneficio se puede sacar a América Latina de las horcas del subdesarrollo en que hemos vivido.

Cuando vemos lo que ocurre en estos días a nuestro alrededor sabemos por lo menos una cosa: que la elección es nuestra; aprovechémosla, ya se han dado unos pasos extraordinarios y tengamos la seguridad de que nuestro entorno nunca será más favorable de lo que es en el presente.